



ESPIRITUALIDAD DE LA PREDICACIÓN DOMINICANA

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.

Indagar en la espiritualidad de la predicación es indagar en su autenticidad. Preguntarse desde qué *espíritu* se ha de realizar la predicación. Una respuesta ajustada sería desde el espíritu de santo Domingo. Respuesta que se debería completar con el espíritu que animó a otros relevantes predicadores dominicos desde Vicente Ferrer a Montesinos, Bartolomé de las Casas, Lacordaire, José Álvarez. La verdad está en lo hondo del ser. Somos nuestra espiritualidad. Lo que realicemos ha de ser reflejo y a la vez alimento de ella.

Por ello la espiritualidad de la predicación es reflejo de la espiritualidad del predicador. ¿Qué nos impulsa a los dominicos a predicar? ¿En qué fuentes bebemos? ¿Qué objetivos pretendemos?

1. AMOR

Toda espiritualidad humana ha de ser un ejercicio de amor, de afectos. Los afectos nos constituyen. Nos constituyen desde lo hondo. Determinan el espíritu con el que vivimos y actuamos. No se trata de predicar el amor, sino de predicar desde el amor. Como Dios se decidió a enviar al mundo al supremo de los predicadores por amor: «*Tanto amó Dios al mundo que le entrego a su Hijo*» (Jn 3,16).

La historia y lo que haya de leyenda de santo Domingo abunda en esa actitud de afecto hacia a aquellos a los que se dirigía. El amor se manifestaba en esa forma selecta de amar al pobre, al herido, que es la compasión. Ésta supone estar dispuesto a «padecer» con él, desde una sintonía afectiva. Nada de «funcionarismo» tenía su predicación: no cumplía una misión que se le había impuesto y que sería justamente retribuida por la Iglesia o por cualquier otra autoridad. Sólo el amor le movía. No era





un emisario pontificio que ejercía su trabajo. Eso lo eran otros. Domingo percibió que era necesario acercarse a quien se predica afectiva y efectivamente para cualquier misión de evangelizar.

Sólo desde el amor a quienes se dirige nuestra predicación está justificada. Amor que al menos exige querer el bien para aquellos a los que uno se dirige, y creer que ese bien es la palabra que se puede comunicar. Querer el bien porque le interesan los oyentes, porque éstos no son ajenos a su vida. Estár unido a ellos por lazos de afecto.

Desde esa espiritualidad habrá que desplegar tácticas y estrategias. Pero nunca se ha de olvidar que predicar siempre es encuentro de personas, diálogo entre ellas, no sólo intercambio de conceptos. Quien convoca al encuentro y lo consume es la Palabra hecha carne, la Palabra pronunciada y encarnada. Encarnada y pronunciada por amor. Es decir, Jesús de Nazaret, que ofrece su vida y su palabra unidas, como un don.

2. ¿EN QUÉ FUENTES BEBEMOS?

En las que constituyen nuestro ser y nuestra vocación, en las que nos acercan a conocer al ser humano desde el proyecto de Dios, desde el mismo Dios. De modo que, por acción retroalimentadora, desde el ser humano descubramos la urgencia de Dios. Esto se pretende en la oración y en el estudio de la Palabra de Dios y en la apertura llena de sensibilidad al mundo en el que nos toca vivir.

Necesitamos conocer la realidad en la que nuestra palabra se pronuncia. Es indispensable saber a quién nos dirigimos, con quién dialogamos: qué nos dicen aquellos a los que predicamos y lo que debemos decirles. La escucha atenta al ser humano concreto hace sincera y auténtica nuestra predicación. Conscientes de que nosotros también tenemos algo que decir. Algo que no es nuestro: lo hemos aprendido en el contacto con la Palabra-Persona de Jesús de Nazaret. No es nuestro, pero pretendemos que modele nuestro ser, nuestro saber y querer. En nuestra Orden todo eso se llama contemplación.

Contemplación que no es sólo un medio de aproximación intelectual, sino una experiencia de encuentro con Alguien, presente en nuestra historia, el Cristo resucitado. El Cristo que habló y vivió desde la unidad con el Padre, como él mismo confesó. ¿Es eso la mística? El predicador necesita esa mística. Que nunca se opone al estudio riguroso y paciente, sino que lo exige para que no se convierta en pseudomística. Que no es ebullición espiritual momentánea, sino fuego lento en el que se cocina la vida y la palabra auténticas.





3. ¿QUÉ OBJETIVOS PRETENDE EL PREDICADOR DOMINICO?

Los objetivos de la predicación de Jesús: “mostrarles al Padre”. Mostrarles al Padre para conocerse mejor a sí mismos: lo que son y lo que deben hacer de su vida. Para conocerse a sí mismos y a los demás, puesto que todos somos lo que somos en relación con los demás.

¿Qué objetivos pretendemos? El de Jesús, la predicación del Reino de los cielos o Reino de Dios. Es decir construir una humanidad que se guíe por los valores del Reino. Los que aparecen en el Evangelio: el servicio, la sencillez, la sobriedad, la confianza en Dios, el amor entre todos. Expresado esto a modo de resumen evangélico, lo que se busca es una sociedad de bienaventurados, o sea, una sociedad donde la felicidad que buscan las personas que la componen sea la que ofrecen las bienaventuranzas recogidas en los evangelios de Mateo y Lucas. Ciertamente eso pertenece a lo utópico, es decir, a lo que no se alcanza nunca, pero señala hacia dónde hemos de caminar. Sí, eso es proclamar que “otro mundo es posible”.

Un mundo, una sociedad, de la que tiene que ser icono la Iglesia, la comunidad cristiana, las comunidades cristianas, las iglesias particulares. Se predica para construir comunidad cristiana, para desarrollarla, para consolidarla. Para construir Iglesia donde se respire el espíritu de Cristo resucitado, el de su Evangelio. La comunidad cristiana es el modo cómo la fe cristiana entiende la comunidad humana. El cristianismo no se inventó un ser humano peculiar, sino que descubre el auténtico. El dominico, a su vez, surge de la comunidad religiosa, es enviado por ella, para construir comunidad cristiana. Sin espiritualidad de comunión, que configura la comunidad desde donde es enviado a predicar, no existe predicación dominicana.

Sobre estos supuestos insinuados, se pueden precisar algunos aspectos concretos de la espiritualidad de la predicación. Podemos resumirlo a modo de Decálogo. Bien entendido que no se trata de leyes que es necesario obedecer, sino de actitudes que es necesario incorporar.

1º *El dominico lo es para la predicación.* Se prepara para ella, la ejerce, nunca se jubila de esa misión, como tampoco se jubila de su condición de dominico. Él puede decir con san Pablo «*¡ay de mí si no evangelizare!*» (1 Co 9,16). Es una urgencia que emana del ser y que se realiza en el vivir diario, no sólo cuando «toma la palabra». Si la contemplación –la oración y el estudio–, no le lleva a la predicación, no es contemplación dominicana.

2º *La humildad.* El predicador ocupa púlpito o ambón y puede querer «sentar cátedra». No, el predicador debe abandonar la idea de maestro para sentirse discípulo. Administrador de verdades que le rebasan, promotor de una dignidad de vida moral y





espiritual que él no alcanza. Sabe que predica más las carencias que reconoce tener que la perfección a la que ha llegado. Nadie es digno de predicar. Y nadie puede exigir el aplauso y el reconocimiento social como premio a su esfuerzo, que le permita ampliar las dimensiones de su yo.

3° *La experiencia mística.* No predica exclusivamente desde la erudición, aunque esta sea teológica, sino desde la mística: de lo que sabe y siente. Desde lo que experimenta o desde lo que lamenta no experimentar como relevante carencia de su espiritualidad. El experto en la Palabra de Dios no es sólo el estudioso, sino el que siente al encontrarse con ella una experiencia de encuentro existencial, que implica todo su ser, no sólo su mente.

4° *De ello se deriva el ardor apostólico que ha de estar presente en la predicación.* El «estudio», propio del dominico, viene de *studium*, palabra latina que significa entusiasmo, ardor, empeño en algo. Si ese «studium» determina la predicación, se supera toda tentación de profesionalizar la predicación: de realizarla por cumplir una obligación, o como modo de ganarse la vida con ella. (Estas dos motivaciones no son espurias, pero si insuficientes).

5° *Predicación misionera,* porque el predicador está convencido de que hacemos un gran servicio al proponer el Evangelio a quien lo desconoce. Desde ese afecto a quien se evangeliza, el cual presentamos como fundamento de toda predicación, se le ofrece algo que transforme su vida para bien, que le dé sentido, que le ayude a ser feliz, que le incorpore a la comunidad cristiana de un modo activo. Todo tiene que surgir de la actitud del Dios que «tanto amó al mundo que le entregó su Hijo», a la que antes aludimos.

6° *Desde una espiritualidad de comunión.* Este afecto que lleva a la predicación, siguiendo el ejemplo de santo Domingo, debe de estar lleno de compasión, de aproximación afectiva e inteligente a quien uno se dirige. Sobre todo cuando es una aproximación a la persona que sufre de ignorancia, por el error, o por las miserias de nuestra naturaleza, o de la falta de afecto, o de no encontrar razones para vivir. En una palabra, antes de dirigir la Palabra de consuelo es necesario sentir al otro como algo de uno, predicar desde una espiritualidad de comunión.

7° *Esto exige una actitud de escucha del otro, de estar abierto al diálogo;* a dejarse evangelizar por la persona a quien uno se dirige en la predicación. También esto supone renunciar a «sentar cátedra» y predicar desde la escucha y la proximidad afectiva.

8° La causa de la Predicación es la causa de Cristo, se continúa la misión que él inició y que pidió a los discípulos que la continuaran: nuestra predicación es apostólica, se realiza en la línea de la de los apóstoles. Por tanto hemos de aceptar su





destino. Cristo no fue un predicador premiado con el éxito, sino más bien castigado con la incompreensión y la persecución. Lo mismo los apóstoles: testigo de ello es Pablo, con los peligros que hubo de asumir en su misión. Se predica una resurrección conseguida en la cruz, en el momento más trágico de la historia de la humanidad, cuando hombres acabaron con la vida del «hombre perfecto y perfecto hombre», que dice *Gaudium et Spes*. Querer obviar esa posibilidad es ser infiel a la predicación, mostrar que se carece de honda espiritualidad de la que ha de dimanar la misión.

9° *El predicador ha de ser además paciente.* Debe impregnarse de la paciencia que tuvo Cristo con sus discípulos y con los que se beneficiaban de sus signos y que, sin embargo, no terminaban de entender su palabra. Por *dureza de corazón*, más que por deficiencias intelectuales. La paciencia surge de la esperanza. Ésta, como dice santo Tomás, la ejercitamos cuando se pretende un bien que es difícil de conseguir. Esa dificultad exige tiempo y esfuerzo continuado. No tiene derecho el predicador a encontrar el fruto aquí y ahora. Los procesos profundos son lentos y pasan por diversas vicisitudes. También es lenta la preparación previa para la predicación. El mismo predicador tiene experiencia de ser paciente con uno mismo, cuando, por ejemplo, trata de ahondar en la oración, en el estudio, en la comprensión del tiempo que le toca vivir, en las estrategias que ha de emplear en la misión...

10° *El predicador ha de sentirse feliz predicando.* La predicación ha de responder a una auténtica vocación. Como toda vocación, su carácter de predicador responde a intereses y aptitudes que convergen en aquello a lo que uno se dedica. El predicador ha de serlo porque le gusta. La predicación no puede ser una penitencia que se le impone, o se impone a sí mismo, sino un servicio que realiza con gusto, porque le permite ofrecer algo magnífico a quienes afectivamente le interesan. Porque le permite responder al carisma de su vocación dominicana: seguir los pasos de Domingo de Guzmán en la misión de mostrar la fe que se bebe en el Evangelio y en la persona de Jesús de Nazaret.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.

